

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

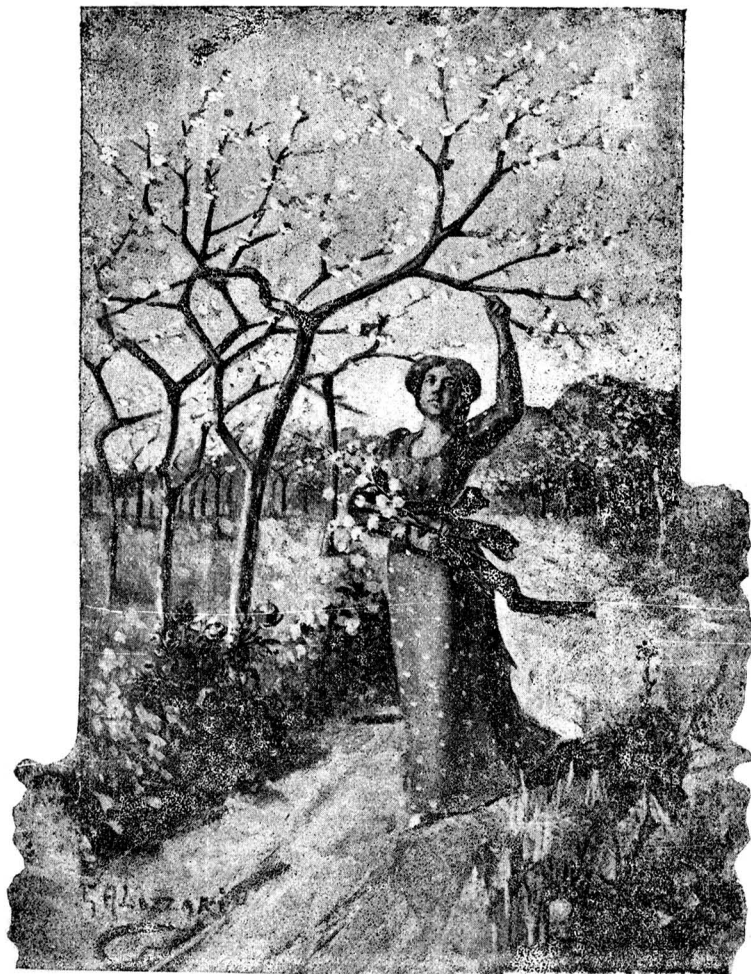
DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I

Buenos Aires, Octubre 17 de 1904

Num. 32

GERMINEA



Vestida con traje de fiesta la diosa
Saluda: va en triunfo; desata.
Del casco que cñe su frente, una rosa
Que arroja a las auras tranquilas.

Estalla en los aires la flor escarlata
— Que es flor de la vida, fecunda y gloriosa
Y entonces la tierra, madre victoriosa,
Se alegra, perfuma y anima.

Así soberana y así cariñosa
Llega Primavera, la profícua diosa

Que, abajo el hùmus, las raíces ata
Del árbol de vida.

De pronto las auroras en ondas quemantes
Pasan ¿qué suce(e)? Regadas las flores
Han sido: la diosa su copa a volcáo,
La copa repleta de néctar de amores.

Y entonces un himno jigante se escucha.
— Mil voces que vibran formando una sola—
Es el himno del gèrmen y el fruto,
Mas noble que el que alza, clamando, la ola.

Suplemento semanal de LA PROTESTA

BIER-CONVENT CUYO esq. MAIPÚ BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cerveceria --- Salones especiales para familias y banquetes

Atención Vegetarianos

Restaurant Vegetariano

Unico Establecido en Buenos Aires

449 CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acudid á el todos los que desesis una vida sana y alegre. Fijaos bien que la base de la existencia está constituida por una sana alimentación.

Restaurant Vegetariano

25 de Mayo 449 (altos)

G. San Germier

Por cinco pesos

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semilla al gusto del comprador, un LINDO OBSEQUIO y un calendario de las sementeras.

Alfalfa de la Pampa

CALLE LIMA 1465 - Buenos Aires

LOS OBREROS

Casa fundada en 1884

DE **Federico Roveda**

ROPA HECHA Y ARTICULOS

PARA TRABAJADORES

619 CALLE DEFENSA 619

NOTA. Nuestra ropa no se descose. Pida V. catalogo

I. Bonansea

CIRUJANO, DENTISTA - MECANICO

990 Calle Moreno 990

BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque

CIRUJANO-DENTISTA

Ex-gefe del consultorio Odontologico de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle Artes 543 - Buenos Aires

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

MARTIN FIERRO

Suplemento semanal de «La Protesta»—aparece los lúnes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: **Santiago del Estero 1072**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL

Trimestre \$ 1 20

Año « 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año.

EN EL INTERIOR

Trimestre \$ 1 80

Semestre « 3 50

Año « 6.00

Numero suelto: 10 centavos — Provincias: 15

AGENCIA DE MARTIN FIERRO EN EL ROSARIO: LIBRERIA DE E. SOTELLO. CORDOBA 1288

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I

Buenos Aires, Octubre 17 de 1904

Núm. 32

LUCHA POLÍTICA — SU INEFICACIA

ORGANIZACIÓN ECONÓMICA

Intútil, más que intútil, contraproducente consideramos el gasto de energías que se efectúe con un objeto político.

Vemos que hoy el parlamentarismo tiene dividido al proletariado en dos bandos.

Alguien creyó un día que los miembros de los partidos obreros distribuidos en las cámaras realizan allí la obra de esos soldados que se introducen en las plazas fuertes para destruirlas mejor. Pero esta esperanza hay que darla por fracasada. Imaginemosnos sino el caso de un dueño de casa á quien pidieramos permiso para penetrar á ella con el objeto de demolerla.

La práctica electoral es una de las tantas comedias necesarias para continuar mistificando al pueblo con la trinidad tan utópica como hipocritamente proclamada por la república. Para confirmarnos en esta creencia debiera bastarnos el espectáculo que periódicamente nos ofrecen los partidos burgueses en acción. El oficialismo señala el número de representantes que cada uno de ellos puede llevar al recinto legislativo. Después de señalado el número viene la elección! No es posible un ejemplo de mayor elocuencia.

Un valiente escritor ha dicho: los electores son los verdaderos cómplices de la injusticia general, puesto que sus votos consagran esta injusticia en vez de tender á su enmienda.

Segun la minoría de la comisión del segundo congreso socialista de Londres durante mucho tiempo los trabajadores franceses han combatido por los medios políticos que siempre confundieron con el parlamentarismo. El movimiento corporativo estaba entonces subordinado al movimiento político, cuyo objeto era la conquista del poder. Hoy, siendo mucho

más socialistas y revolucionarias las organizaciones obreras se desinteresan de la política, que consideran como un origen de divisiones. No queriendo ser por más tiempo la presa de los políticos, los obreros se apartan de su dominación y quieren consagrarse por entero á la organización libre de las fuerzas corporativas y su objetivo no es ya la conquista si no la supresión del poder. Y esto con objeto de libertar á los trabajadores de todas las opresiones capitalistas y gubernamentales, é implantar una sociedad de hombres emancipados de toda esclavitud política y económica, por medio de la posesión, en común, de todas las riquezas sociales y de la organización racional del trabajo.

Tenemos el convencimiento de que un socialismo de estado nos llevaría á una situación mucho más desesperante que la actual. Por otra parte, la idea madre del socialismo no consiste en mejorar, en corregir el Estado. Se trata de suprimir, de destruir algo existente. Creemos, pues, que es obrar con inconsciencia el tratar de aumentar el poder de resistencia del estado, cosa que indudablemente dificultaría, demoraría la revolución que ya se sabe, ha de llevarse á cabo no con la burguesía ó por la burguesía, si no contra la burguesía.

Conclusiones:

— La organización económica del proletariado puede considerarse como el principal paso dado en el camino de la emancipación del obrero;

— El socialismo obrero es una concepción amplísima de la que tiene forzosamente que estar excluida toda idea encarnadora de la acción legislativa y parlamentaria que hoy reduce, circunscribe, mejor dicho, á aquella concepción al estrecho espíritu de un partido.

Clásicos Criollos

De FAUTSTO

*Por hembras yo no me pierdo;
La que me empaca su amor
Pasa por el cernidor
Y... si te ri no me acuerdo.*

*Lo demás, es calentarse
El mate al divino nudo...
— ¡Feliz quien tenga ese escudo
Con que poder resguardarse!*

*Pero usted habla, Don Laguna,
Como un hombre que ha vivido
Sin haber nunca querido
Con alma y vida á ninguna.*

*Cuando un verdadero amor
Se estrella en una alma ingrata,
Mas vale el hierro que mata
Que el fuego decorador.*

*Siempre ese amor lo persigue
Á donde quiera que vá:
Es una fatalidá
Que á todas partes lo sigue.*

*Si usted en su rancho se queda,
O si sale para un viaje,
Es de balde: no hay paraje
Ande olvidarla usted pueda.*

*Cuando duerme todo el mundo,
Usted, sobre su recaó,
Se dá gieltas, desvelao,
Pensando en su amor profundo.*

*Y si el viento hace sonar
Su pobre techo de paja
Cree usted que es ella que baja
Sus lágrimas á secar.*

*Y si en alguna lomada
Tiene que dormir, al raso,
Pensando en ella, amigaso,
Lo hallará la madrugada.*

*Alli acostao sobre abrojos,
O entre cardos, Don Laguna,
Verá su cara en la luna,
Y en las estrellas sus ojos.*

*¿Qué habrá que no le recuerde
Al bien de su alma querido,
Si hasta cree ver su vestido
En la nube que se pierde.*

*Asina sufre en la ausencia
Quien sin ser querido quiere;
Aura verá como muere
De su prenda en la presencia.*

*Si enfrente de esa deidá
En alguna parte se halla
Es otra nueva batalla
Que el pobre corazón dá.*

*Si con la luz de sus ojos
Le alumbrá la triste frente
Usted, Don Laguna, siente
El corazón entre abrojos.*

*Su sangre comienza á alzarse
A la cabeza en tropel,
Y cree que quiere esa cruel
En su amargura gozarse.*

*Y si la ingrata le niega
Esa ligera mirada,
Queda su alma abandonada
Entre el dolor que le aniega.*

*Y usted firme en su pasión...
Y van los tiempos pasando,
Un hondo surco dejando
En su infeliz corazón.*

ESTANISLAO DEL CAMPO

LA HUELGA

Había amanecido el día cuando la campana de la fábrica, por segunda vez, llamó en vano al pequeño mundo que descendía todas las mañanas y durante muchos años, somnoliento y pesado, á dar vida y ruido á aquellos talleres manchados con esa plúmbea luz de los subterráneos húmedos. Se veían, desde la calle, moles de hierro oxidado, como herrumbres de sangre, fracciones de columnas, planchas de acero apladas y en montones varios, armatostes que parecían indicar el esqueleto en perspectiva, desarticulado entonces, de algún colosal Partenón no pensado en construirse: y, á diestra y siniestra, máquinas, máquinas devoradoras de carne y hierro, paradas, silenciosas, esperando el calor del músculo y de la fragua.

Frente á un pilón, los capataces hablaban con imprecaciones gordas y asombrosas. La huelga estaba hecha, y casi les parecía, á

veces, que sólo se hallaba aún en estado de una amenaza sencilla. ¡Ah! Pero si se hubiese hecho caso de ellos!... Era muy sencillo: con haber echado á la calle á aquel paliducho instigador, que á espaldas de ellos sintieron trabajar, junto con el hierro, la conciencia de los obreros, la cosa quedaba sin consecuencias. ¡Pero ya las pagaría todas juntas!

Se trataba de un joven delgado, buen operario, forjador, de quien se sospechó que, algún día, medio exámine, se quedase tendido sobre el negro piso de la fábrica. Los camaradas, al principio, le miraron burlonamente. ¡Qué! ¡para que serviría aquel armazón de huesos! Pero cuando le vieron forjar como un maestro, aun ayudar á otros, y sonreirse con sus grandes ojos azules, mansos, de tinte fuerte, le desagraciaron dándole todos las simpatías más sinceras. ¡Ah, bravo flaco! Y le invitaron á

la taberna, donde se estrechan las amistades de los pobres, mientras se esponjan en alcohol las visceras humanas.

El no bebió. Pero les habló del salario, de la jornada de trabajo, de la higiene en los talleres, de la vida de los trabajadores corriendo entre legendarias hambres ó ignorancias antiguas. Jamás pensaron aquellas cabezotas infantiles, que eran tan desgraciados y miserables como se desprendía de las conversaciones con el joven. Fué en estas charlas amenas sorprendido por uno de los capataces, y, poco tiempo despues, el patrón le hizo llamar hacia el escritorio. Aquella mirada de un tinte azul fuerte, pero manso, el argumento sobarano de la libertad de conciencia, predispuso al amo de la fábrica á favor del tipo instigador. Y cuando el joven volvió al trabajo y los capataces interrogaron con los ojos llenos de asombro, la extraña conducta del superior, éste se expidió con una bonhomía de pilla inteligente: ¡bah!... ¡allí no habia más que un buen obrero y podia pensar lo que le diese la gana! Al fin, ¡quien sabia si tenían ó no razón de ser sus teorías atrevidas!...

Y no hubo más. La propaganda siguió sin tropiezos ni obstáculos estimables, fuera de la labor de héroes que representaba aquella tarea de persuadir á centenares de hirsutas inteligencias, acosadas de añejas fatigas, emponzoñadas por el espíritu de tabernas lóbregas, criterios nada flexibles que apenas digerían el dos por diez de cuanto se les planteaba. Descansó un poco el joven cuando forjó una docena de revolucionarios convictos, á pesar de hallarse con el propósito decidido de elaborar una huelga. ¡Qué luchas, sin embargo, habia que mantener, día á día, contra aquellas caras espantadas, cuyos frontales, bloqueados por el vacío, no recogían más que asombros! ¿Si? ¿la anarquía era la felicidad común, sin matar á nadie?... ¡Ah! ¿y todos trabajarían en colectividad para recoger y distribuir la riqueza en colectividad también? ¿todo, pues en común?...

¿De manera que eran igualmente necesarios el químico y el panadero? Por cuya razón, si solo se completaban, no pudiendo subsistir el uno sin el otro, claro se veía que debían percibir en la medida de sus necesidades y no en la de sus méritos que, en orden distinto, eran los mismos. ¡Bella anarquía! Pero, ¿no era cierto que á aquel día venturoso, de oceánica justicia, no se llegaría jamás?

Otros, de óptimo sentido, se encarnaban las ideas con vehemencias magníficas: — ¡Qué!... ¡se hace la revolución social, y punto concluido!... ¡Dentro de poco somos los más, y entonces!...

Entretanto, el joven remataba su obra; lector asiduo su saco iba atestado de periódicos, opúsculos y publicaciones que trataban sobre la cuestión social; cosas que se leían después de comer, y á la carrera, nerviosamente, ó mientras los camaradas paladeaban el ajeno á la nocturna salida del trabajo. Los telegramas de los diarios les dieron la vislumbre de la gran lucha: ¡ah! era todo el mundo el que se revolucionaba, pidiendo, pidiendo siempre, hasta conseguirlo todo.

No, pues, ellos también pondrían manos á la obra!...

Y la obra se empezó. El forjador, ante los hechos que se apresuraban, llamó á un orador de Buenos Aires para que ultimase el convencimiento sobre aquellas concuencias que comenzaban á encogecerse, como quien sale demasiado rápidamente de la obscuridad á la luz. Pero, ó no hubo orador disponible, ó escaseó tiempo, la palabra de Buenos Aires faltó. Una noche á la salida de los talleres, como soplo de huracán rabioso, corrió la frase consagrada, para hacerla real al otro día:

— ¡A la huelga!

Y así fué como el jóven se halló, ante más de setecientos obreros, en un patio-jardín de una gran fonda de la localidad, donde la asamblea se reunió en actuación permanente y con ánimo de escuchar la palabra del director de la huelga, esperanzados todavía con que el hombre esperado de Buenos Aires llegase de un momento á otro.

No, no llegó, y el forjador, para caldear un tanto aquellos espíritus que poco despues se desbandarían, subióse á la mesa que hacia las veces de tribuna y les habló de las primeras providencias á tomarse: envío de un segundo pliego al dueño de la fábrica, donde se agregaba una nueva solicitud á las ya expresas de cincuenta centavos más de salario, diez horas de trabajo, en vez de doce y catorce, y más luz y ventilación en los talleres, con la imposición de que se limpiasen, lo menos dos veces á la semana. Era tiempo de que á los productores de la riqueza social se les considerase como hombres, porque aquella vida que llevaban, no era vida ni un cristo que la creó; en perpetua tutela, exangüando, es gota á



— Señora, desearía saber que debo comprar mañana.
— ¡Un cuerno!
— Esto para los señores... Ahora dígame Vd. lo que hay que comprar para los criados.

gota, se les consideraba niños, racionados á poco pan, para que no se indigestasen, empachándose hasta la inutilidad... Estabau hartos de aguantar y se rebelaban.

Arreció el entusiasmo, y durante los primeros dias los espíritus estuvieron gentiles y valerosos. Había aún fondos y la valentía marchaba. Pero á la semana comenzó á cundir el pesimismo. El amo de los talleres, por otro lado, no respondía negándose á tratar cosas, según él, absurdas é infantiles, que no merecían consideración. Llamó á algunos trabajadores viejos y les propinó la gran filípica: ¿Estaban locos? Prefería cerrar las puertas á acceder á tales pretensiones.

No, ni un centavo más. Y doce horas no era mucho trabajo. El se levantaba á las cinco y se acostaba después de las once, trabajando, por consiguiente, hasta dieciocho horas. Y eso que era patrón. Claro que los obreros hacían bien exigiendo algunas mejoras sobre las que ya tenían...

Pero lo evidente era que él no podía darlas. Se arruinaba ya...

Estos que hablaron con el patron, fueron los que en las asambleas bregaron por la vuelta á los talleres. Aconteció también que comenzaron á sonar en las reuniones los lamentos de las mujeres que iban con los chicos llorando, armándose á veces, trágicas algarabias: pero, señor, qué se pensaba hacér!... ¿Se les iba á matar de hambre?...

Dos días después, se presentó el comisario con un piquete de policianos armados á fusil. El representante de la autoridad, revolver en mano, influenciado por las ideas vertidas por un diario, á propósito de la libertad de trabajo, les habló de la constitución, toda una ley libre y protectora. Uno hubo que le interrumpió: — «¡Oh, vuestras leyes!»—pero fué tomado preso y el discurso continuó, seco é imperativo:

— Los que quieran volver al trabajo que vuelvan. Yo levantaré la tapa de los sesos al que se opusiere.

Pocas vueltas se dió al asunto. Como medida acostumbrada se tomó preso á una cincuenta de agitadores, á la cabeza de los cuales iba el joven forjador de hierro y de conciencias. Pero la intromisión dió margen

á una asamblea borrascosa, y en ella, unos argumentaron la necesidad de rendirse, ya que estaban hambrientos: la huelga se había perdido, y toda resistencia más era un sacrificio inútil. Pero otros hablaban de matar á todo el que volviese, á todo el que se entregase, á todo el que fuese un traidor, un rompe-huelgas ó un cobarde. Antes pegarian fuego á la fábrica.

Una nueva comisión llamó á todos á una asamblea definitiva, tres dias después.

No arribaban á un acuerdo, cuando todos los presos, ya puestos en libertad, llegaron á la reunión. Se hizo el silencio al levantarse la esbelta figura del forjador que, sobre la mesa-tribuna, iba á dar su parecer:

—No hay que entregarse como bueyes...

Entonces una joven, esposa de un obreiro, con un chico pegado al seco pecho materno, le gritó iracunda:

—No, basta de huelga! ¡tenemos hambre!...

El forjador repuso que en alguna forma había que luchar. Voluntad hacia falta, si no, todo se vendría abajo y no saldriamos jamás de la miseria.

— ¡Dadnos pan!—le gritó con el brazo extendido, otra mujer de en medio de la agitada asamblea:— ¡dadnos pan!

Fué el acabose.

Al dia siguiente abrieron sus puertas los talleres manchados con la plúmbea luz de los subterráneos húmedos, dejando ver, desde la calle y mientras las caras siniestras de los vencidos volaban á las labores, las moles de hierro oxidado, como herrumbes de sangre, las columnas tumbadas, los féreos armatostes y las máquinas cuyo paro había traído tanta pena, tanta ruina y tanto odio. El forjador les miraba entrar, casi sonámbulo. No faltaba ni uno. Alguien le gritó:

— ¡Vamos, hombre, ven tú también!...

Entonces el joven volvió sus ojos, de aquel tinte de azul profundo, y mirándole exterminadoramente, parpadeó algo ininteligible. Pero como el otro esperase la respuesta, se serenó, y con gran espíritu, casi risueño ya, respuso:

— No.

FELIX B. BASTERRA.

POSTALES

A ALBERTO GHIRALDO — Buenos Aires

Música prohibida... Acabo de leerla con el placer que usted sabe me produce su fuerte zarpazo poético, la fibra valiente del cantor que sueña con una formidable *alba roja*. Alabo en usted su esfuerzo rectilíneo hacia la verdad... ó hacia la Quimera, su temple de luchador.

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra, septiembre de 1904.

Ahí van esos verso spara MARTIN FIERRO. Sobre tu libro altísimo y de vigor incontrarrestable diré aquí, en algún periódico ó revista, todo lo que exige su mérito.

MANUEL UGARTE.

París, Septiembre 1904.

Tu libro, fuera de la literatura, expresa tu alma sonora y valiente. Ardoroso, generoso, terrible, sigues en tu afán noble de demandador de justicia y de minero de la felicidad humana. Sabes que mis palabras son cordiales pues ha tiempo aprendiste á leer en mi corazón. Sigue en tu hermoso camino, —hermoso de torrentes y de relámpagos, si-gue amando la Belleza, el Amor y la Libertad. Un gran abrazo.

RUBEN DARÍO.

París, septiembre de 1904.

Un ensueño viril, una épica diana, Tal se me representa tu *Música prohibida*. La luz roja y vibrante de la roja mañana, imitando al amor, saludando á la vida.

VÍCTOR ARREGUINE.

Buenos Aires.

DE HIERRO

Los potros que en la Pampa sin confines
sacuden la tormenta de sus crines.
las rocas de granito seculares
labradas por la espuela de los mares,
los nobles campanarios macilentos
que tiemblan al azote de los vientos,
no sufren lo que sufren en la lidia
los que bajo el ataque de la envidia
desprecian la amenaza de las muertes
y no pueden odiar, porque son fuertes.

Como animales que un ciclón ahuyenta,
corren entre girones de tormenta,
con lengua de serpiente en las gargantas,
los heraldos del mal bajo sus plantas,
y Ellos, tranquilos, altos, intangibles,
como crestas de ideal inaccesibles,
mudos, ensimismados y serenos
—porque solo los tristes son los buenos,—
dejan flotar al viento que la irisa
la bandera triunfal de su sonrisa.

MANUEL UGARTE.

París, Septiembre de 1901

EXTRANJEROS

Criticas al proyecto de «Ley Nacional del trabajo». Un folleto de 61 paginas reciente mente publicado).

Este proyecto de ley draconiana dictado más bien por el miedo de las vindicaciones proletarias que por la serenidad de espíritu requerido, remacha los eslabones, forja las rejas de hierro con que se cierran las puertas á la entrada de los extranjeros tan necesarios en un país como este, colocando un guardián, con el semblante rígido é hipócritamente solemne de la ley, para que fiscalice minuciosamente esas entradas, para que ponga en práctica todos los propósitos que la preponderancia ha inspirado á la burguesía argentina.

Vosotros, idiotas, locos, epilépticos, todos los que algunas veces sentistes manifestarse los etivismos transmitidos por generadores enfermos; los que lleváis en la carne los dolores incurables de una clase macerada y exangüe; vosotros no podéis entrar más en este país, donde la burguesía quiere carne joven, carne lozana, carne de fácil explotación para que deje toda su savia en los engranajes de la fábrica carcelaria.

Y si no sois idiotas, si no sois locos ó epilépticos, pero tenéis antecedentes, si alguna vez alzasteis el puño amenazando al infame réguimen, se os motejará de tal, se os dirá: salud, eres enfermo, nosotros no damos hospitalidad á parásitos.

¡Que ironía! ¡Grotesca ironía en este suelo donde hay tantos parásitos, desde ese guardián que pronuncia la frase ordenada hasta el que la dictara!

Vosotros, atacados de enfermedades repugnantes y contagiosas tampoco podéis entrar si sois pobres, que si sois ricos, si tenéis dinero, abierta os será la entrada por que para el dios oro todos los caminos son viables.

¡Ah, la burguesía argentina no quiere el espectáculo de la víctima de su crimen colectivo!

Castamente, pudicamente, no quiere ver eso; ¡que muera! que la víctima se haga pedazos la cabeza sobre una roca, que en este país no hay hombres de ciencia para curar por caridad, no hay hospitales para

hombres que se sabe no serán explotables después.

¡Fuera! que en esta país la naturaleza pródiga é infinitamente buena, no tiene fuentes de salud, no tiene manantiales donde se curan las enfermedades extremas, no tiene rincones privilegiados de su suelo donde el dolor físico encuentre su extirpación.

Y vosotros, los que no seais «morales», los que no acatáis los convencionalismos que dan patente de decoro no podéis entrar y debéis retornar al punto de partida, á arrojar en cara á vuestros progenitores, vicios de educación, considerados aquí como tales.

No, aquí no podemos esperar á que el ambiente obre su influencia sobre la individualidad, modificándola, no podemos aguardar á que tal fenómeno se produzca, nece-

TIPOS MODERNOS...



— Del campo Don Nuño viene
Donde probó el majadero
Que aunque mucha infula tiene
Es pésimo caballero...

sitamos hombres que inmediatamente caigan en el yunque, que inmediatamente se incorporen al rebaño, con el antecedente de que no tienen altiveces, de que no tienen rebel-días, con el antecedente de que SON SERES SUPERIORES PARA EL TRABAJO!

Más aún, el fantasma de la multa, fuerte, de muchos pesos, amenaza á los comandantes de buques, gritándoles: no traigan nada que pueda sernos perjudicial á la estabilidad de nuestra explotación.

Y habrá mucho manoseo al desembarcar, intervención de médicos, sanidad militar, asistencia pública, departamento de policía, intendencia municipal, en fin: toda la jauria, ansiosa de buscar al loco, al idiota, al epiléptico, en una palabra, al que no quiera subyugarse á la explotación incita y desca-rada.

Y por si esto es poco sigue después la matriculación, como el manso buey, que deja hacer á sus amos, con especificación de nombre, nacionalidad, sexo, raza, hasta acabar con una declaración de sus entradas en cárceles, asilos, hospicios, etc., etc.

Los extranjeros ó nativos que el epíteto autoritario califique de vagos, serán contraven-tores, habrán caído bajo el engranaje de la ley; será un delito no tener trabajo, no poder conseguirlo y después de ser arrojados de los conventillo, después de negarseles el pan en todas partes, después de todos esos in-fortunios de la miseria, tendrán atentos sobre él, los ojos de la autoridad, para ente-rarlo en una cárcel, en un manicomio, en un hospital ó simplemente expulsarlo.

¡No se le dejará ni siquiera el derecho de morir de hambre en una plaza ó en un portal!

Y, finalmente, después de muchos años que se hace alarde de una constitución la más liberal del mundo, se reconoce que hay mujeres esclavas, explotadas, enclaustradas en los asilos de la prostitución, y se reconoce que es necesario dictar otra reglamentación, otra ley, para que puedan recuperar no la libertad ideal de la mujer sino la convencio-nal libertad de que tanto hablan nuestros hombres de parlamento y de gobierno.

Y parecen no comprender que enclaustrada, ó presa contra su voluntad ó gozando de las lindezas de una ley del trabajo que conside-ra á la prostitución como un trabajo, la mujer seguirá siendo la víctima de esa gan-grena social, porque, en cuanto fuera á evadirse los fantasmas del hambre y del escar-nio, le saldrán al encuentro.

Combatir las causas que producen la pros-titución, el hambre, la miseria, todo lo que es producto de una sociedad egoísta y dese-quilibrada, eso no entra en el proyecto de ley, ni en el cerebro colectivo del gobierno, autor de esa ley.

En las condiciones de esclavitud en que la ley trata de colocar á los extranjeros, y este capítulo corto en su redacción pero largo, muy largo, en sus nefastas intencio-nes, pone una vez más de manifiesto el poco criterio, el ningún criterio mejor di-cho, que ha pracidido en la formación del *proyecto de ley del trabajo nacional*.

Comprenderíase la limitación de entradas de extranjeros, en países como Francia, Ita-lia, España, etc, donde la densidad de po-

blación, da un contingente de obreros que permite haya siempre un exceso de brazos del capital, al desarrollo económico de aque-las poblaciones, cosa que no puede suceder aquí, donde hasta los ministros y diputa-dos son de factura extranjera, pues la po-blación indígena, á más de indolente, es escasisima; aquí donde el elemento obrero extranjero es factor importantísimo y casi único de la riqueza nacional, que permite á esa escasa población indígena gaste y derroche sumas fabulosas; aquí donde ese extranjero cuya entrada al país se trata de coartar, contribuye con su actividad, ener-gía, inteligencia y conocimientos á embe-llecer y dar vida al país, adaptando usos, costumbres ó ideas que permiten á los na-turales del suelo vanagloriarse de ser los primeros, por su intelectualidad, de la Amé-rica del Sur, aquí donde todo es extranjero: arte, industrias, ciencia, literatura,—hasta la indumentaria misma, de corte esencial y genuinamente extranjero—aquí, decimos, donde el excedente de población europea, es tan necesario y útil; es altamente ridícu-lo, altamente tonto querer imponer trabas á la admisión de extranjeros, sin los cuales los indígenas, en pocos años tendrían que volver á su estado de tribus nómades, indolentes, inaptas al trabajo fecundante y vi-gorizador; con esa indolencia y esa inepti-tud que tanto caracteriza á los mismos que odiando, porque no es más que odio todo lo que se trasluce en estas leyes dictadas, al extranjero, viven, visten, comen y go-zan con todo el refinamiento que el ex tran-gerismo les proporciona.

Y todo el perverso alcance de la *ley* no se reduce solamente á impedir la entrada de extranjeros, á los que una comisión cual-quiera, puede á su arbitrio, considerar co-mo locos, idiotas, degenerados, epilepticos, etc. etc. sino que deja al extranjero que pudiese escapar á algunas de esas terribles clasificaciones, preso en ese enorme tentá-culo llamado poder ejecutivo, el cual podrá después «de los dos años de su entrada en el territorio de la República, detener á re-quisición del ministerio del interior, en cual-quier punto del territorio, á cualquiera de las personas comprendidas en el artículo 6^o y reconducirlo al país de donde procede por cuenta de la persona que lo hubiese traído; y si esto no fuera posible por cuenta del tesoro nacional».

¡A cuanta infamia no se presta la inter-pretación de este artículo!

Y ya tenemos aquí á la santa inquisición en auge, observándolo todo, escudriñán-dolo todo y dispuesta á echarse encima del extranjero al menor amago de libertad de este; á la más débil protesta, porque el ojo avisor del poder ejecutivo,—aumentado con-siderablemente con ese cuerpo de espionaje que tendrá al corriente de lo que el obrero extranjero piensa, hace ó dice, de lo que lee ó escribe; de las horas que duerme ó trabaja, de lo que come, de lo que gasta, de lo que ahorra, de sus relaciones íntimas ó su-perficiales; de los sitios que frecuenta, en fin, estará dispuesto á echarse encima de ese inofensivo obrero con cualquier pretext-o, pare incautarse de sus ahorros, si á fuer-

za de privaciones, de dolores, de sufrimientos, en las pésimas condiciones en que el obrero vive, pudiese llegar á ahorrar.

Las facultades omnimodas que la ley conferirá al poder ejecutivo, pondrá en constante peligro la libertad individual del obrero extranjero, continuamente amenazado, aún después de los dos años de entrada en el territorio nacional, de declararlo comprendido en cualquiera de los diferentes incisos de los artículos 6º y 7º de la «ley nacional del trabajo», plagio de leyes extran-

geras, totalmente rechazadas por ineficaces, en los países donde trató de implantarse.

Un desconocimiento absoluto de la libertad individual y de las necesidades económicas de este país, puede ser únicamente la causa de la confección de ese proyecto de ley que cierra las puertas al elemento trabajador, que venga á fecundar las extensas zonas de territorio virgen, que espera, cual esposa amantísima, la semilla germinadora.

J. ALBERTO CASTRO Y G. BALSAS

Algunas leccioncitas de Sarmiento

(CONTINUACION)

Contemplemos ahora otros aspectos de la gran figura, más grande cada día, que se eleva ante nosotros, y cuya frente, luminosa como la de un Moisés moderno, parece perderse entre las nubes, mientras su pie, uniéndolo á la tierra, lo hace uno de los nuestros, y su pensamiento, germinando y creciendo en nuestros cerebros, nos eleva poco á poco, para igualarnos á él, como él quería!

Veamos, por ejemplo, cómo golpeaba con el formidable ariete de su palabra, las últimas murallas que se levantaban para impedir la libre expansión del pensamiento en la América del Sur.

En 1860, al discutirse en la Convención Constituyente la religión del estado, replicaba á don Felix Frias, no sin sarcasmo, y no obstante, con toda verdad, pues lo uno no excluye lo otro:

«Precisamente esos beatos llenos de entusiasmo por la libertad (de su culto, se entiende) empezaron á matarse en Norte América y á quemarse vivos entre sí—anabaptistas, católicos y cuáqueros. Entonces, en Rhode Island, aparece Rogelio Williams, un hombre extraordinario que, al ver á hombres libres matándose por materia de religión, fué el primero en la tierra—(porque la persecución religiosa es una tradición de miles de años) que dijo:

—La conciencia religiosa no entra en la administración pública!

«Y esta es la cuestión! exclamaba Sarmiento, para agregar en seguida: lo que se ha querido evitar con las constituciones, es que estuvieran las religiones con las armas en la mano; no es lo que cree el señor convencional, porque lo que nosotros hemos querido impedir, es que el catolicismo, como al principio en América, estuviera, armado de hogueras para perseguir el pensamiento ó matarlo. La libertad de los pueblos, se consigue por la tolerancia y por la libertad de conciencia!..»

Con menos templanza y mesura, pero con mayor eficacia quizás, expuso estas mismas ideas á una manifestación de estudiantes liberales que acudía á saludarlo. Su voz robusta y convincente,—voz de maestro de su pueblo,—les decía:

«Sabeis, oh jóvenes, que he recorrido la

parte del globo en que se realizó la historia del Occidente. He visto los alrededores de Roma poblados de pastores rudos, vestidos con cueros, que me hicieron creer en la existencia de sátiros y faunos. El Africa romana, donde florecieran cuatrocientas ciudades, quedaba convertida en páramo por el fanatismo musulmán y la barbarie secular del creyente. Los españoles os dirán qué dejó en Bética la Inquisición! Ni árboles crecen entre Madrid y Tolosa, todo el ancho de Castilla y la mitad de España. ¡Ahi está la mano negra! ¡Mano negra es la que trajo la ignorancia y la pobreza!»

No quiere para el espíritu reato alguno, bajo ninguna forma, bajo ningún pretexto, bajo ningún nombre. Nada lo arredra y nada puede, ni aún halagándolo detenerlo. Oh, jóvenes que me ois, escuchad este hecho histórico, y que él quede grabado en vuestra memoria, como lo quedó en la mía desde que me lo relatará mi respetable amigo el doctor Angel Esquer, su testigo presencial, estudiante entonces, como vosotros.

Era al salir del Senado, en Julio de 1875. Sarmiento con la libertad que le caracterizaba, había disgustado á la barra, compuesta en su mayoría de jóvenes. Estos salieron antes que él, y abriéndole calle, le infligieron una manifestación hostil, que el noble anciano calificó luego da «corrida de baquetas». Vais á ver; en la sesión siguiente, y antes de que se entrara á la orden del día, Sarmiento pide la palabra, y con la varonil elocuencia de que habréis oído hablar los que no le habéis escuchado, alza su queja y su protesta en el Senado, en esa célebre sesión del 8 de Julio de 1875, contra el desmán, rayando á las alturas de un senador romano en las épocas mas brillantes de la república:

«Yo soy Don Yo, como dicen — esclama entre otras cosas — pero este Don Yo ha peleado á brazo partido veinte años con don Juan Manuel Rozas, y lo ha puesto bajo sus plantas, y ha podido contener en sus desordenes al general Urquiza, luchando con él y dominándolo. ¡Todos los caudillo llevan mi marcal Y no son los chiquillos de hoy en día los que me han de vencer, viejo como soy, aunque dentro de muy pocos años la naturaleza hará su oficio!»

Y en seguida, como si entonara el himno de la completa libertad intelectual y moral, prorrumpe en estas frases que debieran esculpirse en mármol, que debieran, más bien, vivir en la memoria de todos:

«He querido, señor presidente, que la barra me oiga una vez, que vea toda la libertad de que soy capaz. Y es una pérdida para el país que ustedes encadenen y humillen y vejen este espíritu que ha vivido sesenta años, duro contra todas las dificultades de la vida; que ha sufrido la tiranía, que ha sufrido la pobreza que Vds. no conocen, y las aflicciones que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer, y que desde entonces viene abriéndose camino con el trabajo, la honradez y el coraje para desafiar las dificultades!»

Hablo así, para que vean que es inútil silvarme ó aplaudirme; de los aplausos hago poco caso, porque soy de ellos poco meritorio, (y quisiera hablar con muchas de las personas que me aplauden, para ver si saben y entienden que es lo que aplauden)... y con los silbidos sucede lo mismo.

Hay la frase de que tanto se ha hecho burla de que tengo una coraza... repito que la tengo, y que soy TODO coraza ahora!

¡Así, así hay que ser en la vida, cuando se marcha de acuerdo con la propia conciencia: todo coraza!

Pero volvamos á sus lecciones dadas con más reposo.

La guerra en su concepto, tiene que desparecer del mundo, cuando la humanidad haya avanzado un paso más, y el arbitraje internacional, el arbitraje universal, ha de triunfar un día y ser adoptado por todas las naciones del globo, más sensatas, más ilustradas, más fraternales que hoy. Así, junto al férreo, del coronel Olivieri, que había hechado largos años con los indios en las fronteras del sur, su acento más elocuente no es para el guerrero, no es para el destructor, sino para el fundador, para el creador:

«Ha muerto en el desierto, en la más más gloriosa de las empresas — que el genio del hombre puede concebir:— Fundar nuevos pueblos, conquistar á la naturaleza su dominio salvaje, extender la esfera de la civilización humana.»

Y al volver del Paraguay el ejército argentino, Sarmiento, como presidente de la república, lo recibe diciéndole en su proclama:

El juez y el ingeniero, la vara de la justicia y el teodolito, he aquí, de ahora en

adelante, el árbitro soberano y el intrunente de la felicidad para todos y para cada individuo»

Ya en su discurso al recibirse de la presidencia, decía á la Suprema Corte:

«Empieza en el mundo civilizado á abrirse paso la idea de que las cuestiones internacionales que tanta perturbación trae consigo, puedan someterse á árbitros siempre, con mucha utilidad,—hasta del mismo que fuere desfavorecido por el fallo.

Yo he llegado á creer que la nuestra, con potencias extranjeras, pudieran por un convenio, renunciando á la guerra, someterse á los tribunales ordinarios. Las cortes de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, inspiran confianza á todo el mundo, y bastaría que la nuestra mereciese igual crédito, para que aquella idea fue: practicable un día!

En otra oportunidad, decía á una manifestación pública, no sin cierto bien fundado orgullo:

«Hace años, soy miembro de la Sociedad que tiene su asiento en Inglaterra para abrir camino á la supresión de la guerra como medio de poner término á los desacuerdos internacionales; y tanto en este caso como en otros se han dirigido á nosotros porque están seguros de que aquí pensamos, deseamos y queremos lo que por allá piensan y desean hacer prevalecer.»

¿Se forjaba ilusiones, ó quería simplemente hacernos considerar mínimo el esfuerzo que habia de conducirnos á la altura deseada, para alentarnos á realizarlo, para quitarnos temores de debilidad, vacilaciones pusilánimes, inciertas ante el posible sacrificio? Una y otra cosa. Como otros grandes encaminadores de pueblos, soñaba en uno perfecto y nobilísimo, el mismo cuyo programa trazó su mano como epítafio de su tumba:

Una América toda, asilo de los dioses todos, con lengua, tierra y rios, libres para todos.

Pero, como hombre de su tiempo, no desconocía la realidad de las cosas, no pensaba en vivir fuera de la humanidad, y á pesar de su carácter de hierro, en lo que podría llamarse oportunista: se valía de los materiales, de los elementos que estaban al alcance de mano, ajustábase hasta cierto punto al ambiente de su época... y eso quizá sea la causa de errores y desviaciones de que no hablaré ahora, porque puede que no los vea, como no se ven manchas cuando se mira frente á frente al sol.

(Continuará)

ROBERTO J. PAYRÓ.

Todo lo que concierne la cuestión de la libertad se reduce en mi concepto á una disputa de palabras. No consentiré jamás en identificar la libertad con las libertades políticas. Lo que yo llamo lucha por la libertad no es sino la incesante y viviente conquista de la idea de libertad. La noción de libertad lleva consigo la idea de un ensanche constante y progresivo.

ISEN.

Correspondencia de MARTIN FIERRO

M. Gil. Córdoba; Recibimos importe de segundo semestre — Antonio Vega Dolores; id id — M. Boldagui, Rio IV; Recibimos importe de Junio, Julio y Agosto — C. Z. Velazquez; recibimos 4,60, anotados como indica «La Protesta» del 12—P. Sosa, B. Blanca. Los números se envían con toda puntualidad, reclame en el correo. En cuanto á los números repetidos que tiene en su poder le pedimos los reparta como propaganda. Envíe el trabajo de que nos habla. G. Wallace, Chascomús, Recibimos 3,40. Según, nuestros libros quedan cancelados, Tracia hasta Diciembre. Conociendo y Vd. hasta Noviembre.

I

*Pasas como la flor de la opulencia
 En el sendero de mis noches trágicas:
 Oro, nieve, marfil, azul, ensueño.
 Oro, nieve, marfil, azul, nostalgia.
 Un resplandor de lirios se desprende
 Como una estrella de tus carnes blancas:
 Un perfume mortal hay en tu cuerpo,
 Un perfume mortal como una daga:
 Hay una gran lujuria en tus pupilas.
 En tus pupilas negras y maldadas:
 Hay una gran lujuria en tus caderas
 Lira donde sollozan las infamias:
 Hay un alma más negra que la noche
 En el orgullo de tus carnes blancas.
 Y en mi espíritu negro se sublevar
 Como una tempestad todas mis ansias,
 Una blasfemia heroica, como un rayo
 Clavado en el ijar de las palabras.
 Empuja el mar de mis tristezas rojas.
 Empuja el mar de mis tristezas bracas
 Y voy como un sonámbulo del crimen
 Llevando una gran cruz por las montañas
 Para crucificar tu cuerpo blanco.
 Bajo la gran corona de mis garras,
 Para crucificar dos almas negras
 En la opulencia de tus carnes pálidas.*

II

*Vas como una leona ronca y triste
 Vas como una leona ronca y brava,—
 La noche del pecado es menos negra
 Que tu negra melena desgreñada.
 Mis sueños de protervo menos rojos
 Que la inmundicia heroica de tus llagas,
 La nieve de los montes menos pura
 Que la nieve sin mácula de tu alma.
 Porque tu eres dolor y soy injuria.
 Porque tu eres dolor y soy infamia.
 Porque eres prostituta y yo te compro.
 Porque yo soy burgués y tu eres paria,
 Porque yo soy el hambre de tu vida,
 El latigazo cruel que te maltrata,
 El pinzón enterrado como un crimen
 En el fiero dolor de tus entrañas.*

*La boca que te muerde y que te insulta,
 El beso de martirio que te infama,
 El huracán de nieve que te inmola,
 El sudario de fuego que te abrasa,
 Porque tu eres la bestia y yo la furia
 Que en la miseria de tus flancos clama.
 Porque tu eres mujer y yo el gusano
 Que allá en tu corazón poné su baba
 Como una lepra inmunda, como un grito
 En el imperio de las sombras trágicas,
 Porque tu eres la carne dolorosa
 Y yo la rebelión que se agiganta,
 Como una tempestad de dinamita
 En el pecho feroz de una montaña,
 Como diez mil volcanes en la enorme
 Fermentación de un huracán de llamas.
 Porque tu eres la noche de mis crímenes.
 Una noche maldita y desolada; —
 Porque te llamas vicio y en la orgía
 Con mi hiel y mi sangre te emborrachas.
 Quiero hacer con mi alma dura y negra
 Una cruz para tu alma toda blanca
 Y que resalte tu figura triste
 Bajo la gran corona de mis lágrimas!*

ALBERTO VEGA.

Paraná, Octubre 8 de 1904.

EL ESPEJO DEL DIABLO



Wierts

Las obras que todo el mundo admira son las que nadie estudia. Se las recibe como una preciosa carga, que se transfiere á otros sin mirarla. ¿Creéis que hay mucha libertad en el asentimiento que otorgamos á los clásicos griegos, latinos y aún á nuestros mismos clásicos? El gusto que nos lleva hacia tal obra contemporánea y nos desvía de tal otra, ¿es libérrimo? ¿No está determinado por muchas circunstancias extrañas al contenido de la obra, de las cuales es la primera el espíritu de imitación, tan poderoso en los hombres y en los animales? Ese espíritu de imitación no es necesario para vivir sin extrañarnos mucho; lo acusamos en todas nuestras acciones y domina nuestro sentido estético. Sin él, las opiniones en materia de arte serian mucho más diversas de lo que son. Por él, una obra, á cualquier género que pertenezca, encuentra al principio algunos sufragios, recogiendo luego muchos más. Solo los primeros son libres; los otros no hacen mas que obedecer. — ANATOLE FRANCE.

URIEN, SHINE & Co.

IMPORTADORES

369 Perú 371

Buenos Aires

TELEFONOS:

UNIÓN TELEFONICA 1450 (*Avenida*) — COOPERATIVA 1700

SUCURSALES EN:

DUSSELDORF (*Alemania*) — WOHLVERHAMPTON (*Inglaterra*) — NEW YORK (*Estados Unidos*)

LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

Se acojen toda clase de denuncias por abusos de autoridad, patronales, etc. etc.

REDACCION Y ADMINISTRACION :

359 Calle Cordoba 359

Buenos Aires

Anuario Cartolofico

Sud Americano

APARECERÁ EN NOVIEMBRE PRÓXIMO

Director: A. PELLICER, ex-director de las Revistas «NOOGRAFIA» y «TARJETA POSTAL» que ha demostrado su innegable competencia en la materia.

Trátase de hacer obra original y útil, elegante y artística; que sea a la vez verdadera guía del coleccionista; archivo de pensamientos de descollantes personalidades; ramillete de sentencias, proverbios, aforismos, cantares y epigramas; album de reproducciones de hermosas tarjetas, últimas novedades e ilustraciones y viñetas de reputados artistas; algo sobre la nueva lengua universal ESPERANTO, de la que tanto se usa para el intercambio postal internacional, *sección destinada a los albums particulares*, con transcripción de culminantes escritos; descripciones artísticas; conceptos filosóficos; colección de pensamientos originales de todo orden: cuanto sea novedoso y relacionado con las tarjetas postales, *Almanaque*, y LA MAS EXTENSA LISTA QUE SE HAYA PUBLICADO DE COLECCIONISTAS NACIONALES Y DE LOS MAS IMPORTANTES EXTRANJEROS, etc., etc.

Para figurar en esta LISTA DE COLECCIONISTAS, basta enviar una tarjeta postal con la firma y domicilio del remitente al editor P. TONINI, FLORIDA 470—BUENOS AIRES. Los que deseen añadir algunas indicaciones más pagarán 0,20 centavos la linea.

“MUSICA PROHIBIDA” UN VOLUMEN DE VERSOS

POR ALBERTO GHIRALDO

Precio: **Un peso.** *Pedidos a la Administración de Martin Fierro*

Santiago del Estero 1072

Buenos Aires